

La esposa del jugador de póquer

(1962)

William Irish

Contenidos relacionados

Vocabulario

-

La esposa del jugador de póquer

Bettina (*Betts*, como él la llamaba) acababa de lavar un par de medias en el cuarto de baño del hotel cuando entró Joe con los hombres que había reunido para la partida. Aquella noche le había costado más que de costumbre; había estado fuera casi una hora.

–Compañeros –dijo, con la amable voz que reservaba para tales ocasiones–, ésta es mi esposa. *Betts*, éste es Mr. Wallace. Y éste es Mr. Meany. Y éste es... ¿Cómo ha dicho usted que se llamaba?

–Roebeck –respondió el hombre cuyo apellido había sido olvidado.

Mr. Wallace miró a la mujer de un modo no demasiado impersonal.

–Un buen nombre para la esposa de un jugador de póquer –dijo.

Bettina se echó a reír. No era la primera vez que oía aquel comentario.

Se preguntó si alguno de aquellos hombres había dado su verdadero nombre. En una partida de póquer entre desconocidos, el nombre no importaba demasiado: lo que importaba era la clase de suerte que uno tenía.

Descubrieron que faltaba una silla. En la habitación había tres, además de un butacón demasiado voluminoso para acercarlo a la mesa. Sin contar con que el hacerlo hubiera dejado sin asiento a la esposa de Joe.

Wallace encontró la solución.

–Iré a buscar una a mi cuarto –dijo–. Vivo en este mismo piso, al otro lado del rellano. En el 912.

Bettina observó que Joe había quedado sinceramente sorprendido por la coincidencia. De haberlo sabido, no hubiera invertido tanto tiempo en aproximarse a él.

–Vamos al asunto –dijo Roebeck en tono áspero, cuando Wallace hubo regresado con la silla.

Tomaron asiento, Joe sacó una baraja nueva y rompió el precinto. «Joe tiene siempre una baraja nueva» pensó Bettina. Podía estar sin un céntimo en los bolsillos, sin un techo sobre su cabeza, sin un afeitado, sin un corte de pelo, sin un cepillo de dientes, sin un reloj (y ella le había conocido sin cada una de aquellas cosas en un momento u otro), pero no estaba nunca, *nunca*, sin un mazo de cartas nuevo, sin abrir, y, en consecuencia, sin posibilidad de que los naipes estuvieran marcados.

Joe sacó el comodín y lo dejó a un lado.

Bettina le contempló mientras barajaba. ¡Con cuánta frecuencia había visto hacerlo! Era un espectáculo fascinante. Las cartas parecían poseer vida propia, danzando entre sus manos como llamas oscilantes demasiado rápidas para que el ojo las captara, y arqueándose en el centro de su trayectoria. El sello de oro, que brillaba siempre en el anular de Joe, despedía líquidos destellos.

Joe extendió las cartas sobre la mesa en una semiserpentina. Cada uno de los hombres cogió un naipe, para ver quién daba.

Joe cogió la carta más alta. Le tocaba dar.

Empezó la partida.

Joe repartió las cartas. Se produjo aquel momento de silencio que Bettina conocía tan bien, mientras cada uno de los jugadores estudiaba sus naipes, planeaba su estrategia. Un silencio tan tenso, tan ominoso, que a veces casi dolía. Bettina se alegraba siempre cuando terminaba. Era como esperar que una ola larga viniera a estrellarse en la playa, era como esperar que un árbol partido en dos cayera al suelo.

El silencio quedó roto.

–Abro –dijo súbitamente Meany, y empujó cinco dólares hacia el centro de la mesa.

La partida continuó.

Bettina tenía que encontrar algo en que ocupar su tiempo. ¿Leer? No, Bettina no era el tipo de mujer aficionada a las revistas femeninas. Y la lectura de algo más profundo se hubiera hecho difícil en una habitación llena de jugadores que no cesaban de fumar. Y, de todos modos, Bettina no era una lectora profunda.

Se acercó a la cómoda y sacó una labor de punto en la que estaba trabajando. Cuando estuviera terminada sería una bufanda para Joe, aunque Joe no era un hombre amigo del aire libre. Bettina no era muy hábil en aquella clase de labores, pero al menos le proporcionaban algo en que pasar el tiempo durante aquellas partidas que (a veces) se prolongaban toda la noche.

Con la lana enrollada en su regazo, se instaló en el butacón que habían dejado para ella, en un rincón de la habitación. Formaba un raro contraste, el apacible y anticuado acto de hacer calceta con el elegante y moderno vestido de noche que Bettina llevaba.

Joe la mantenía bien vestida. Era una inversión provechosa, de cara a su negocio, que su esposa resultara atractiva para los hombres.

Roebeck se levantó y trasladó su silla al otro lado de la mesa, pero la mala suerte continuó persiguiéndole. Su gesto era tan agrio como una manzana silvestre.

Meany se había quitado la americana. Su camisa, en la parte que cubría los sobacos, mostraba unas manchas húmedas. Bettina apartó los ojos con un gesto de aversión. Era una camisa a rayas marrones y blancas, pero el marrón ocupaba más espacio que el blanco. Llevaba una cinta elástica negra alrededor de las mangas. Bettina se preguntó si se habría bañado alguna vez.

–¡Voy! –dijo uno de los hombres.

Bettina, al mirarles pensó que se habían olvidado por completo de ella. Ni siquiera sabían que estaba en la habitación. Para una mujer no resultaba muy agradable vivir en un mundo masculino. Pero, si no viviera en aquel mundo, no habría ningún Joe para ella, reflexionó, de modo que a fin de cuentas la cosa no era quizás tan mala.

Súbitamente, Joe levantó la cabeza y la miró. Directamente a la cara, directamente a los ojos. Pero Bettina sabía que no la veía. En su expresión había una absoluta falta de reconocimiento, una calculadora confusión. Joe estaba viendo cartas.

Joe había sido bueno con ella. Las carreras en Saratoga, las excursiones a Atlantic City, cuando estaban boyantes, como él decía. *Rector's, Shanley, Bustanoby's*, el aspecto festivo de la vida. Hoteles de ínfima categoría en las malas rachas. Pero Joe las superaba siempre. Bettina le hubiese amado aunque Joe no hubiera sido bueno con ella. Era de esa clase de mujeres.

–¡Voy! –dijo alguien.

Bettina experimentó un deseo casi incontenible de bostezar. Sus agujas se detuvieron, se deslizaron de entre sus dedos, y Bettina comprobó con un sobresalto que había estado a punto de quedarse dormida.

–¡Voy! –dijo de nuevo alguien.

–Haga subir otra botella –sugirió Wallace–. La pagaré yo. De todos modos, voy ganando.

–No por mucho tiempo –prometió Joe con una forzada sonrisa.

Bettina se levantó y telefoneó para que subieran la botella, de modo que Joe no tuviera que abandonar su silla.

–Gracias –dijo Wallace, posando en ella sus lascivos ojos.

Bettina captó el significado de la mirada, e inclinó la suya.

–Ya tengo bastante –anunció Meany, enfurruñado.

–¿Cómo quiere recuperar su dinero, si deja de jugar? –le dijo Wallace en tono paternal.

–Si a estas alturas de la partida no ha cambiado la suerte, no es fácil que cambie en el resto de la noche –replicó Meany–. Lo sé por experiencia. Estoy harto de sacar dinero del bolsillo. Soy un trabajador y, si la cosa continuara así, tendría que trabajar dos semanas para pagar las deudas del juego.

Meany se marchó, cerrando furiosamente la puerta detrás de él.

–Si un hombre no sabe manejar sus cartas, no debe sentarse a jugar –comentó Joe.

–No las manejaba mal –opinó Wallace–. Lo que pasa es que no le venían buenas cartas.

Meany fue olvidado inmediatamente (como les sucede a todos los jugadores que se levantan de una mesa perdiendo) y la partida continuó como si el ausente no hubiera tomado parte nunca en ella.

Alguien echó su silla hacia atrás y Bettina alzó la mirada. Roebeck se había puesto en pie.

–¿Se marcha usted también? –inquirió Joe, recogiendo las cartas.

–Debí marcharme antes de empezar –gruñó Roebeck.

Wallace estaba sumando algo.

–Son doscientos setenta y cuatro –le dijo a Roebeck.

Roebeck sacó un billetero.

–Aquí hay doscientos –dijo.

–¿Y...? –inquirió Wallace.

–Le daré un pagaré.

–No acepto pagarés –dijo secamente Wallace.

El ambiente se hizo tenso. Bettina interrumpió su labor, pero Joe continuó recogiendo las cartas.

–Mire, si yo hubiera perdido, usted esperaría que le pagara todo lo que le adeudara –dijo Wallace–. Bueno, lo mismo espero yo.

–Vamos, arréglenlo de una vez –gruñó Joe, en tono impaciente.

Roebeck metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó unos arrugados billetes. Contó setenta y cuatro dólares y se los entregó a Wallace. La puerta se cerró con estrépito detrás de él.

–No sabe perder –comentó Wallace.

–Bueno –dijo Joe–, eso separa a los chicos de los hombres. Ahora es posible que pueda resarcirme de la mala racha.

–Es posible –dijo secamente Wallace.

Bettina soltó las agujas y dedicó su atención a los dos hombres. Empezó la última mano. Todo o nada.

Una carta boca arriba, otra boca abajo. Joe destapó un as. Un buen presagio, pensó Bettina. Wallace descubrió un cinco.

Súbitamente, Bettina se sorprendió a sí misma rezando. Dios mío, sé bueno con Joe. Si necesita una sota, dale una sota. Las mujeres han rezado siempre; pidiendo amor, hijos, belleza, salud... Pero ¿qué mujer había rezado nunca pidiendo un rey, o un diez, o un dos?

En la tercera carta, Joe consiguió una reina. Wallace un tres.

En la cuarta, Joe pilló otro as. Le venían unas cartas maravillosas. Tenía ya una pareja destapada sobre la mesa. Un pequeño pulso debajo de su pómulos izquierdo empezó a latir con reprimida excitación. Bettina no lo había visto nunca, en las innumerables veces que le había contemplado mientras jugaba.

Bettina se acercó y se quedó en pie al lado de Joe, olvidándose de respirar. La quinta carta era un as. ¡Joe tenía un trío de ases! Bettina sabía lo bastante como para mantener su rostro impassible. Inclinandose sobre su marido, besó sus cabellos.

–¿Estamos jugando o haciendo el amor? –preguntó Wallace en tono desabrido.

Lo sabrás dentro de unos instantes, pensó Bettina, sonriendo para sus adentros. Se echó hacia atrás, y esperó.

Wallace tenía motivos para mostrarse desabrido. Su última carta era la más baja del juego, un dos. Sus cartas parecían ser cada vez peores.

–Bueno –dijo Joe–, voy a poner otros cincuenta.

Wallace apuró el contenido de su vaso, y un trocito de hielo que había en el fondo chocó contra sus dientes.

–Y cincuenta más –dijo, imperturbable.

Repentinamente, Bettina se dio cuenta por primera vez de algo que la hizo estremecer: el orden en el cual habían ido saliendo las cartas de Wallace. Delante de él, descubiertas, tenía un 5, un 3, un 4 y un 2. Y, mientras ella miraba, horrorizada, Wallace cambió las dos cartas del centro dejándolas así: 5, 4, 3, 2.

Si su carta tapada era un seis... Pero, no, Bettina no podía creer en una suerte tan fabulosa. De acuerdo con el cálculo de probabilidades... Veamos, con cuatro seises en un mazo de cincuenta y dos cartas, las probabilidades eran cuatro contra cuarenta y tres, es decir, poco menos del diez por ciento.

Bettina respiró con más desahogo.

–Amigo –dijo Joe pensativamente–, si quiere ver la carta tapada va a costarle quinientos dólares.

Wallace se pasó la punta de la lengua por los labios.

–Van los quinientos –dijo, sin perder la calma.

Joe destapó su tercer as.

–Trío de ases –dijo.

Wallace volvió lentamente su carta: ¡era un seis!

–Escalera –dijo.

Bettina oyó el sonido de un profundo y tembloroso gemido, sin darse cuenta de que lo había proferido ella misma.

Wallace se puso en pie y esperó, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla.

–No llevo suficiente dinero encima –dijo Joe–. ¿Puedo firmarle un cheque?

Wallace no respondió en seguida. Miró a Bettina, como si dependiera de ella el crédito a otorgar a Joe. Luego dijo:

–Mientras sea bueno...

–Es bueno –replicó Joe, negándose deliberadamente a darse por ofendido.

Bettina se sintió súbitamente aterrorizada. ¿Cómo podía Joe firmarle un cheque? Con ojos desorbitados, contempló a su marido mientras apoyaba sobre la mesa un talonario de hojas azuladas.

–¿A qué nombre lo endoso? –preguntó Joe bruscamente.

–Al mío. Con la inicial M. delante –respondió Wallace, con la misma brusquedad.

Los dos hombres se estaban odiando, Bettina lo sabía, del modo que suelen odiarse dos jugadores después de una partida tan apasionante como aquélla.

Joe firmó el cheque y lo empujó hacia Wallace a través de la mesa. Su rostro estaba blanco como el yeso. Estaba perdido. Lo sabía él, y lo sabía Bettina. Pasó el dedo pulgar por su sudorosa frente. Bettina tenía los ojos llenos de lágrimas pero hizo un esfuerzo para contenerlas: ¿de qué serviría llorar?

Wallace cogió el cheque y lo agitó insultantemente casi ante la nariz de Joe, fingiendo secarlo. Luego lo dobló por la mitad y lo introdujo en uno de sus bolsillos.

–En bien de todos –dijo, con intención–, esperemos que no haya ninguna pega cuando vaya a cobrarlo, por la mañana.

Sin dar las buenas noches, se dirigió hacia la puerta, la abrió y se volvió a mirar a Bettina. Tuvo la audacia de guiñarle un ojo por encima de la cabeza de Joe, sombríamente inclinado.

La puerta se cerró detrás de él.

En cuanto se hubo marchado, Bettina se precipitó hacia Joe.

–¡Joe! –exclamó.

Joe agitó una mano, en un gesto de advertencia, de modo que Bettina esperó hasta que Wallace se hubo alejado lo suficiente.

–¡Joe! ¿Por qué le has dado ese cheque? Sabes perfectamente que un cheque sin fondos significa la cárcel...

–¿Qué otra cosa podía hacer? –dijo Joe, en tono desesperado–. En la jugada anterior ya no tenía dinero para cubrir mis pérdidas. Y Wallace no hubiera aceptado un pagaré: ya oíste lo que decía. Tenía la esperanza de ganar la última mano...

–Si hubiese ocurrido un sábado por la noche, tendríamos hasta el lunes por la mañana para pensar algo. Pero estamos a viernes, y lo primero que hará ese hombre al levantarse será presentarse en el banco. Tenemos que marcharnos de aquí, Joe, esta misma noche, si es posible.

–No podemos marcharnos –dijo Joe–. ¿No lo comprendes? No tenemos un centavo. Ni siquiera tenemos el dinero suficiente para pagar esta habitación. Tendríamos que abandonar nuestras cosas. Y marcharnos a pie. ¿Cuánto crees que tardarían en detenernos?

–Entonces, tenemos que recuperar el cheque –dijo Bettina. Empezó a andar de un lado a otro del cuarto, con el ceño fruncido en una intensa concentración–. Tenemos que recuperar el cheque –repitió.

–Desde luego –dijo Joe–. Supongo que piensas que lo que tengo que hacer es ir a llamar a la puerta de su cuarto, pedirle el cheque, y que él va a dármelo así, por las buenas.

–No –admitió Bettina–. Sé que a ti no te lo daría.

Subrayó el pronombre, el «ti», un poco, pero Joe estaba demasiado trastornado para darse cuenta.

–Joe –dijo Bettina súbitamente–, bebe un trago.

Joe se sirvió una generosa ración de *whisky*.

Cuando su vaso estuvo vacío, Bettina dijo:

–Joe, bebe otro.

Joe volvió a llenar el vaso.

Después de aquéllos vinieron otros, siempre a instigación de Bettina.

Parecía haber transcurrido sólo un minuto cuando la cabeza de Joe reposaba sobre la mesa y Bettina estaba de pie a su lado, sacudiéndole para despertarle.

–Joe –dijo Bettina–, aquí está tu cheque.

–¿Cómo lo has conseguido? –inquirió Joe, contemplando con aire estúpido el azulado rectángulo de papel.

–Lo he conseguido, ¿no? –dijo Bettina.

La rabia de Joe fue lenta en su combustión, pero implacable. Como fuego que prende en un montón de hojas secas. Se puso en pie. Sus ojos tenían un brillo asesino.

–De modo que fuiste allí y lo conseguiste –dijo–. Así de sencillo.

–Lo importante es que lo he conseguido.

–¡No! –estalló Joe–. Lo que importa es que has estado allí.

–Joe, no creerás...

–¡Sí, lo creo! ¿Qué otra cosa puedo creer?

–Por favor, Joe, escúchame...

Su respuesta fue un rápido y silencioso bofetón. Bettina retrocedió, tambaleándose, hasta chocar contra la pared. Ni siquiera gritó, sorprendida por lo inesperado del golpe.

Joe se acercó a ella y volvió a golpearla, esta vez en el otro lado de la cara, con la izquierda.

Lo terrible en lo que respecta a las mujeres que son golpeadas por sus hombres, no es tanto el hecho de que son mujeres como la invariable falta de resistencia. Incluso el más débil y cobarde de los hombres ofrece al menos un simulacro de resistencia cuando otro hombre le golpea. Una mujer no se defiende nunca, si el hombre le pertenece.

casi dolía. Bettina se alegraba siempre cuando terminaba. Era como esperar que una ola larga viniera a estrellarse en la playa, era como esperar que un árbol partido en dos cayera al suelo.

El silencio quedó roto.

–Abro –dijo súbitamente Meany, y empujó cinco dólares hacia el centro de la mesa.

La partida continuó.

Bettina tenía que encontrar algo en que ocupar su tiempo. ¿Leer? No, Bettina no era el tipo de mujer aficionada a las revistas femeninas. Y la lectura de algo más profundo se hubiera hecho difícil en una habitación llena de jugadores que no cesaban de fumar. Y, de todos modos, Bettina no era una lectora profunda.

Se acercó a la cómoda y sacó una labor de punto en la que estaba trabajando. Cuando estuviera terminada sería una bufanda para Joe, aunque Joe no era un hombre amigo del aire libre. Bettina no era muy hábil en aquella clase de labores, pero al menos le proporcionaban algo en que pasar el tiempo durante aquellas partidas que (a veces) se prolongaban toda la noche.

Con la lana enrollada en su regazo, se instaló en el butacón que habían dejado para ella, en un rincón de la habitación. Formaba un raro contraste, el apacible y anticuado acto de hacer calceta con el elegante y moderno vestido de noche que Bettina llevaba.

Joe la mantenía bien vestida. Era una inversión provechosa, de cara a su negocio, que su esposa resultara atractiva para los hombres.

Roebeck se levantó y trasladó su silla al otro lado de la mesa, pero la mala suerte continuó persiguiéndole. Su gesto era tan agrio como una manzana silvestre.

Meany se había quitado la americana. Su camisa, en la parte que cubría los sobacos, mostraba unas manchas húmedas. Bettina apartó los ojos con un gesto de aversión. Era una camisa a rayas marrones y blancas, pero el marrón ocupaba más espacio que el blanco. Llevaba una cinta elástica negra alrededor de las mangas. Bettina se preguntó si se habría bañado alguna vez.

–¡Voy! –dijo uno de los hombres.

Bettina, al mirarlos pensó que se habían olvidado por completo de ella. Ni siquiera sabían que estaba en la ha

bitación. Para una mujer no resultaba muy agradable vivir en un mundo masculino. Pero, si no viviera en aquel mundo, no habría ningún Joe para ella, reflexionó, de modo que a fin de cuentas la cosa no era quizás tan mala.

Súbitamente, Joe levantó la cabeza y la miró. Directamente a la cara, directamente a los ojos. Pero Bettina sabía que no la veía. En su expresión había una absoluta falta de reconocimiento, una calculadora confusión. Joe estaba viendo cartas.

Joe había sido bueno con ella. Las carreras en Saratoga, las excursiones a Atlantic City, cuando estaban boyantes, como él decía. *Rector's, Shanley, Bustanoby's*, el aspecto festivo de la vida. Hoteles de ínfima categoría en las malas rachas. Pero Joe las superaba siempre. Bettina le hubiese amado aunque Joe no hubiera sido bueno con ella. Era de esa clase de mujeres.

–¡Voy! –dijo alguien.

Bettina experimentó un deseo casi incontenible de bostezar. Sus agujas se detuvieron, se deslizaron de entre sus dedos, y Bettina comprobó con un sobresalto que había estado a punto de quedarse dormida.

–¡Voy! –dijo de nuevo alguien.

–Haga subir otra botella –sugirió Wallace–. La pagaré yo. De todos modos, voy ganando.

–No por mucho tiempo –prometió Joe con una forzada sonrisa.

Bettina se levantó y telefoneó para que subieran la botella, de modo que Joe no tuviera que abandonar su silla.

–Gracias –dijo Wallace, posando en ella sus lascivos ojos.

Bettina captó el significado de la mirada, e inclinó la suya.

–Ya tengo bastante –anunció Meany, enfurruñado.

–¿Cómo quiere recuperar su dinero, si deja de jugar? –le dijo Wallace en tono paternal.

–Si a estas alturas de la partida no ha cambiado la suerte, no es fácil que cambie en el resto de la noche –replicó Meany–. Lo sé por experiencia. Estoy harto de sacar dinero del bolsillo. Soy un trabajador y, si la cosa

continuara así, tendría que trabajar dos semanas para pagar las deudas del juego.

Meany se marchó, cerrando furiosamente la puerta detrás de él.

–Si un hombre no sabe manejar sus cartas, no debe sentarse a jugar –comentó Joe.

–No las manejaba mal –opinó Wallace–. Lo que pasa es que no le venían buenas cartas.

Meany fue olvidado inmediatamente (como les sucede a todos los jugadores que se levantan de una mesa perdiendo) y la partida continuó como si el ausente no hubiera tomado parte nunca en ella.

Alguien echó su silla hacia atrás y Bettina alzó la mirada. Roebeck se había puesto en pie.

–¿Se marcha usted también? –inquirió Joe, recogiendo las cartas.

–Debí marcharme antes de empezar –gruñó Roebeck.

Wallace estaba sumando algo.

–Son doscientos setenta y cuatro –le dijo a Roebeck.

Roebeck sacó un billetero.

–Aquí hay doscientos –dijo.

–¿Y...? –inquirió Wallace.

–Le daré un pagaré.

–No acepto pagarés –dijo secamente Wallace.

El ambiente se hizo tenso. Bettina interrumpió su labor, pero Joe continuó recogiendo las cartas.

–Mire, si yo hubiera perdido, usted esperaría que le pagara todo lo que le adeudara –dijo Wallace–. Bueno, lo mismo espero yo.

–Vamos, arréglenlo de una vez –gruñó Joe, en tono impaciente.

Roebeck metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó unos arrugados billetes. Contó setenta y cuatro dólares y se los entregó a Wallace. La puerta se cerró con estrépito detrás de él.

–No sabe perder –comentó Wallace.

–Bueno –dijo Joe–, eso separa a los chicos de los hombres. Ahora es posible que pueda resarcirme de la mala racha.

–Es posible –dijo secamente Wallace.

Bettina soltó las agujas y dedicó su atención a los dos hombres. Empezó la última mano. Todo o nada.

Una carta boca arriba, otra boca abajo. Joe destapó un as. Un buen presagio, pensó Bettina. Wallace descubrió un cinco.

Súbitamente, Bettina se sorprendió a sí misma rezando. Dios mío, sé bueno con Joe. Si necesita una sota, dale una sota. Las mujeres han rezado siempre; pidiendo amor, hijos, belleza, salud... Pero ¿qué mujer había rezado nunca pidiendo un rey, o un diez, o un dos?

En la tercera carta, Joe consiguió una reina. Wallace un tres.

En la cuarta, Joe pilló otro as. Le venían unas cartas maravillosas. Tenía ya una pareja destapada sobre la mesa. Un pequeño pulso debajo de su pómulos izquierdo empezó a latir con reprimida excitación. Bettina no lo había visto nunca, en las innumerables veces que le había contemplado mientras jugaba.

Bettina se acercó y se quedó en pie al lado de Joe, olvidándose de respirar. La quinta carta era un as. ¡Joe tenía un trío de ases! Bettina sabía lo bastante como para mantener su rostro impasible. Inclinandose sobre su marido, besó sus cabellos.

–¿Estamos jugando o haciendo el amor? –preguntó Wallace en tono desabrido.

Lo sabrás dentro de unos instantes, pensó Bettina, sonriendo para sus adentros. Se echó hacia atrás, y esperó.

Wallace tenía motivos para mostrarse desabrido. Su última carta era la más baja del juego, un dos. Sus cartas parecían ser cada vez peores.

–Bueno –dijo Joe–, voy a poner otros cincuenta.

Wallace apuró el contenido de su vaso, y un trocito de hielo que había en el fondo chocó contra sus dientes.

–Y cincuenta más –dijo, imperturbable.

Repentinamente, Bettina se dio cuenta por primera vez de algo que la hizo estremecer: el orden en el cual habían ido saliendo las cartas de Wallace. Delante de él, descubiertas, tenía un 5, un 3, un 4 y un 2. Y, mientras ella miraba, horrorizada, Wallace cambió las dos cartas del centro dejándolas así: 5, 4, 3, 2.

Si su carta tapada era un seis... Pero, no, Bettina no podía creer en una suerte tan fabulosa. De acuerdo con el cálculo de probabilidades... Veamos, con cuatro seises en un mazo de cincuenta y dos cartas, las probabilidades eran cuatro contra cuarenta y tres, es decir, poco menos del diez por ciento.

Bettina respiró con más desahogo.

–Amigo –dijo Joe pensativamente–, si quiere ver la carta tapada va a costarle quinientos dólares.

Wallace se pasó la punta de la lengua por los labios.

–Van los quinientos –dijo, sin perder la calma.

Joe destapó su tercer as.

–Trío de ases –dijo.

Wallace volvió lentamente su carta: ¡era un seis!

–Escalera –dijo.

Bettina oyó el sonido de un profundo y tembloroso gemido, sin darse cuenta de que lo había proferido ella misma.

Wallace se puso en pie y esperó, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla.

–No llevo suficiente dinero encima –dijo Joe–. ¿Puedo firmarle un cheque?

Wallace no respondió en seguida. Miró a Bettina, como si dependiera de ella el crédito a otorgar a Joe. Luego dijo:

–Mientras sea bueno...

–Es bueno –replicó Joe, negándose deliberadamente a darse por ofendido.

Bettina se sintió súbitamente aterrorizada. ¿Cómo podía Joe firmarle un cheque? Con ojos desorbitados, contempló a su marido mientras apoyaba sobre la mesa un talonario de hojas azuladas.

–¿A qué nombre lo endoso? –preguntó Joe bruscamente.

–Al mío. Con la inicial M. delante –respondió Wallace, con la misma brusquedad.

Los dos hombres se estaban odiando, Bettina lo sabía, del modo que suelen odiarse dos jugadores después de una partida tan apasionante como aquélla.

Joe firmó el cheque y lo empujó hacia Wallace a través de la mesa. Su rostro estaba blanco como el yeso. Estaba perdido. Lo sabía él, y lo sabía Bettina. Pasó el dedo pulgar por su sudorosa frente. Bettina tenía los ojos llenos de lágrimas pero hizo un esfuerzo para contenerlas: ¿de qué serviría llorar?

Wallace cogió el cheque y lo agitó insultantemente casi ante la nariz de Joe, fingiendo secarlo. Luego lo dobló por la mitad y lo introdujo en uno de sus bolsillos.

–En bien de todos –dijo, con intención–, esperemos que no haya ninguna pega cuando vaya a cobrarlo, por la mañana.

Sin dar las buenas noches, se dirigió hacia la puerta, la abrió y se volvió a mirar a Bettina. Tuvo la audacia de guiñarle un ojo por encima de la cabeza de Joe, sombríamente inclinado.

La puerta se cerró detrás de él.

En cuanto se hubo marchado, Bettina se precipitó hacia Joe.

–¡Joe! –exclamó.

Joe agitó una mano, en un gesto de advertencia, de modo que Bettina esperó hasta que Wallace se hubo alejado lo suficiente.

–¡Joe! ¿Por qué le has dado ese cheque? Sabes perfectamente que un cheque sin fondos significa la cárcel...

–¿Qué otra cosa podía hacer? –dijo Joe, en tono desesperado–. En la jugada anterior ya no tenía dinero para cubrir mis pérdidas. Y Wallace no hubiera aceptado un pagaré: ya oíste lo que decía. Tenía la esperanza de ganar la última mano...

–Si hubiese ocurrido un sábado por la noche, tendríamos hasta el lunes por la mañana para pensar algo. Pero estamos a viernes, y lo primero que hará ese

hombre al levantarse será presentarse en el banco. Tenemos que marcharnos de aquí, Joe, esta misma noche, si es posible.

–No podemos marcharnos –dijo Joe–. ¿No lo comprendes? No tenemos un centavo. Ni siquiera tenemos el dinero suficiente para pagar esta habitación. Tendríamos que abandonar nuestras cosas. Y marcharnos a pie. ¿Cuánto crees que tardarían en detenernos?

–Entonces, tenemos que recuperar el cheque –dijo Bettina. Empezó a andar de un lado a otro del cuarto, con el ceño fruncido en una intensa concentración–. Tenemos que recuperar el cheque –repitió.

–Desde luego –dijo Joe–. Supongo que piensas que lo que tengo que hacer es ir a llamar a la puerta de su cuarto, pedirle el cheque, y que él va a dármelo así, por las buenas.

–No –admitió Bettina–. Sé que a ti no te lo daría.

Subrayó el pronombre, el «ti», un poco, pero Joe estaba demasiado trastornado para darse cuenta.

–Joe –dijo Bettina súbitamente–, bebe un trago.

Joe se sirvió una generosa ración de *whisky*.

Cuando su vaso estuvo vacío, Bettina dijo:

–Joe, bebe otro.

Joe volvió a llenar el vaso.

Después de aquéllos vinieron otros, siempre a instigación de Bettina.

Parecía haber transcurrido sólo un minuto cuando la

–Entonces, tenemos que recuperar el cheque –dijo Bettina. Empezó a andar de un lado a otro del cuarto, con el ceño fruncido en una intensa concentración–. Tenemos que recuperar el cheque –repitió.

–Desde luego –dijo Joe–. Supongo que piensas que lo que tengo que hacer es ir a llamar a la puerta de su cuarto, pedirle el cheque, y que él va a dármelo así, por las buenas.

–No –admitió Bettina–. Sé que a ti no te lo daría.

Subrayó el pronombre, el «ti», un poco, pero Joe estaba demasiado trastornado para darse cuenta.

–Joe –dijo Bettina súbitamente–, bebe un trago.

Joe se sirvió una generosa ración de *whisky*.

Cuando su vaso estuvo vacío, Bettina dijo:

–Joe, bebe otro.

Joe volvió a llenar el vaso.

Después de aquéllos vinieron otros, siempre a instigación de Bettina.

Parecía haber transcurrido sólo un minuto cuando la cabeza de Joe reposaba sobre la mesa y Bettina estaba de pie a su lado, sacudiéndole para despertarle.

–Joe –dijo Bettina–, aquí está tu cheque.

–¿Cómo lo has conseguido? –inquirió Joe, contemplando con aire estúpido el azulado rectángulo de papel.

–Lo he conseguido, ¿no? –dijo Bettina.

La rabia de Joe fue lenta en su combustión, pero implacable. Como fuego que prende en un montón de hojas secas. Se puso en pie. Sus ojos tenían un brillo asesino.

–De modo que fuiste allí y lo conseguiste –dijo–. Así de sencillo.

–Lo importante es que lo he conseguido.

–¡No! –estalló Joe–. Lo que importa es que has estado allí.

–Joe, no creerás...

–¡Sí, lo creo! ¿Qué otra cosa puedo creer?

–Por favor, Joe, escúchame...

Su respuesta fue un rápido y silencioso bofetón. Bettina retrocedió, tambaleándose, hasta chocar contra la pared. Ni siquiera gritó, sorprendida por lo inesperado del golpe.

Joe se acercó a ella y volvió a golpearla, esta vez en el otro lado de la cara, con la izquierda.

Lo terrible en lo que respecta a las mujeres que son golpeadas por sus hombres, no es tanto el hecho de que son mujeres como la invariable falta de resistencia. Incluso el más débil y cobarde de los hombres ofrece al menos un simulacro de resistencia cuando otro hombre le golpea. Una mujer no se defiende nunca, si el hombre le pertenece. Es como si en lo más profundo de su feminidad algo le estuviera diciendo subconscientemente que aquello forma parte del hecho de ser amada, de modo que debe someterse.

–¡Joe! –susurró Bettina a través de sus magullados labios–. No hagas eso, Joe. Yo te quiero...

–¡Me quieres! Tu idea del amor es la idea que yo tengo de la basura.

Se apartó de ella. Bettina se dejó caer de rodillas, agarrándose al brazo del butacón, con la cabeza inclinada, en una actitud de dolorida contrición. Estaba llorando, pero su llanto se adivinaba sólo por el temblor de su nuca. El vestido se había abierto a través de su espalda en un largo rasgón diagonal, desde un hombro hasta la cadera opuesta.

–¡Ahora voy a ocuparme de ese bastardo! –prometió Joe salvajemente–. ¡Y lo tuyo no será nada comparado con lo que voy a darle a él! ¡Tardará una temporada en poder mariposear con las esposas de otros hombres, te lo aseguro!

Sin mirar a Bettina, abrió furiosamente la puerta y se precipitó al pasillo. Bettina extendió un brazo detrás de él en un vano intento de disuadirle, pero era demasiado tarde: Joe no vio el gesto y, aunque lo hubiese visto, el resultado hubiera sido el mismo.

Bettina se incorporó, empapó una toalla en agua fría y la aplicó suavemente a su rostro. Un par de minutos después regresó Joe, pálido como un muerto.

–¿Por qué no me dijiste que le habías matado? –susurró, con acento entrecortado.

–¿Acaso me diste la oportunidad de hacerlo? –inquirió Bettina.

Joe apretó las palmas de las manos contra sus sienes.

–No me extraña que consiguieras el cheque.

–Fue un accidente. No quería hacerlo. Si hubiese sabido lo que iba a ocurrir, no hubiera ido allí, desde luego. –Bettina apretó la toalla húmeda contra sus labios unos instantes, y cuando la apartó había en ella dos diminutas manchas de color escarlata–. Imaginé que podría distraerte y, si se había quitado la americana, dejándola colgada del respaldo de una silla, pensé que se me presentaría la

ocasión de sacar el cheque del bolsillo sin que él se diera cuenta. Pero la cosa no fue tan fácil como había imaginado. Ya viste que estuvo bebiendo durante toda la partida. Y debió continuar bebiendo al regresar a su cuarto. Ya sabes lo que pasa con los borrachos, nunca se sabe cómo van a reaccionar. En cuanto entré en la habitación se me echó encima, abrazándome con tanta fuerza que me impedía respirar. Mi espalda chocó contra el borde de una mesa. Conseguí liberar parcialmente un brazo y lo agité a mi espalda, buscando algo que agarrar, cualquier cosa. Mi mano tropezó con el mango de un pequeño pico para partir hielo. Lo empuñé y golpeé, a ciegas. Súbitamente, el hombre relajó su brazo y se desplomó como un fardo.

Bettina respiró profundamente.

–Esa es toda la verdad, Joe.

–La cosa ya no tiene remedio –dijo Joe, animado de una súbita energía–. Vamos, tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente. Bajaremos por la escalera, para que no nos atrapen en el ascensor. En cualquier momento pueden descubrir el cadáver. La puerta de su cuarto está abierta.

–¡No, Joe, no! –exclamó Bettina, agarrándole del brazo–. Tenemos que quedarnos y enfrentarnos con la situación. Si huimos, nunca dejaremos de huir, hasta que nos cojan. Y tú *sabes* que van a cogernos, dentro de unos meses. ¿Quieres que sea esa nuestra vida a partir de ahora? ¿Siempre huyendo, siempre ocultándonos?

–¿Quedarnos aquí y *esperar* que lleguen ellos? –inquirió Joe, asombrado.

Bettina asintió rápidamente.

–Escúchame, Joe, y escúchame bien. La diferencia es ésta: huyendo, convertimos la cosa en un asesinato. En cambio, si nos quedamos y nos enfrentamos con los hechos, la cosa será lo que realmente ha sido: un homicidio en defensa propia. No resultará difícil obtener un veredicto favorable: una mujer defendiéndose contra un hombre, protegiendo su honra. Suena a melodrama, pero dará resultado. No sé lo que pasará en el futuro, pero estamos en 1910 y las mujeres están colocadas aún sobre un pedestal. Puedo mostrar las magulladuras de mi rostro, las que me hiciste tú. Ningún tribunal de este país se atreverá a condenarme. ¿No crees que es la mejor solución, Joe? Me encerrarán unas cuantas semanas hasta que se celebre el juicio, y luego todo habrá terminado. Seremos libres el resto de nuestras vidas, sin tener que huir, sin tener que ocultarnos.

–Si crees que es la mejor solución –dijo finalmente Joe, de mala gana–, yo asumiré la responsabilidad. El verdadero culpable soy yo.

–No tendrías ninguna posibilidad, Joe. Una riña entre dos hombres por una deuda de juego no despierta ninguna simpatía. El cheque no tiene que figurar para nada. Vamos, dame un fósforo.

Bettina aplicó la llama al borde del cheque, lo llevó al cuarto de baño y tiró de la cadena del W. C.

Cuando regresó dijo, en tono satisfecho, sin sombra de temor:

–Ya está. Todo lo que diga, a partir de este momento, será la pura verdad. Tal como te lo he contado a ti, Joe, se lo contaré a la policía, al jurado y al juez.

Resonó una imperiosa llamada en la puerta.

–Ya están aquí –susurró Bettina.

–¡Abran a la policía! –dijo una voz áspera.

Bettina se volvió, miró a Joe y sonrió. Una sonrisa clara, optimista. Cogidos de la mano, se encaminaron hacia la puerta.

–Gracias Betts –murmuró Joe en el último momento–. Nunca pensé que tuvieras tanto valor. Siempre tan tranquila, tan suave...

–Cualquier esposa lo tiene, cuando es necesario –dijo Bettina, con una maravillosa sonrisa–. *Cualquier* esposa. Incluso la esposa de un jugador de póquer.

–Fue un accidente. No quería hacerlo. Si hubiese sabido lo que iba a ocurrir, no hubiera ido allí, desde luego. –Bettina apretó la toalla húmeda contra sus labios unos instantes, y cuando la apartó había en ella dos diminutas manchas de color escarlata–. Imaginé que podría distraerle y, si se había quitado la americana, dejándola colgada del respaldo de una silla, pensé que se me presentaría la ocasión de sacar el cheque del bolsillo sin que él se diera cuenta. Pero la cosa no fue tan fácil como había imaginado. Ya viste que estuvo bebiendo durante toda la partida. Y debió continuar bebiendo al regresar a su cuarto. Ya sabes lo que pasa con los borrachos, nunca se sabe cómo van a reaccionar. En cuanto entré en la habitación se me echó encima, abrazándome con tanta fuerza que me impedía respirar. Mi espalda chocó contra el borde de una mesa. Conseguí liberar parcialmente un brazo y lo agité a mi espalda, buscando algo que agarrar, cualquier cosa. Mi mano tropezó con el mango de un pequeño pico para partir hielo. Lo

empuñé y golpeé, a ciegas. Súbitamente, el hombre relajó su brazo y se desplomó como un fardo.

Bettina respiró profundamente.

–Esa es toda la verdad, Joe.

–La cosa ya no tiene remedio –dijo Joe, animado de una súbita energía–. Vamos, tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente. Bajaremos por la escalera, para que no nos atrapen en el ascensor. En cualquier momento pueden descubrir el cadáver. La puerta de su cuarto está abierta.

–¡No, Joe, no! –exclamó Bettina, agarrándole del brazo–. Tenemos que quedarnos y enfrentarnos con la situación. Si huimos, nunca dejaremos de huir, hasta que nos cojan. Y tú *sabes* que van a cogernos, dentro de unos meses. ¿Quieres que sea esa nuestra vida a partir de ahora? ¿Siempre huyendo, siempre ocultándonos?

–¿Quedarnos aquí y *esperar* que lleguen ellos? –inquirió Joe, asombrado.

Bettina asintió rápidamente.

–Escúchame, Joe, y escúchame bien. La diferencia es ésta: huyendo, convertimos la cosa en un asesinato. En cambio, si nos quedamos y nos enfrentamos con los hechos, la cosa será lo que realmente ha sido: un homicidio en defensa propia. No resultará difícil obtener un veredicto favorable: una mujer defendiéndose contra un hombre, protegiendo su honra. Suena a melodrama, pero dará resultado. No sé lo que pasará en el futuro, pero estamos en 1910 y las mujeres están colocadas aún sobre un pedestal. Puedo mostrar las magulladuras de mi rostro, las que me hiciste tú. Ningún tribunal de este país se atreverá a condenarme. ¿No crees que es la mejor solución, Joe? Me encerrarán unas cuantas semanas hasta que se celebre el juicio, y luego todo habrá terminado. Seremos libres el resto de nuestras vidas, sin tener que huir, sin tener que ocultarnos.

–Si crees que es la mejor solución –dijo finalmente Joe, de mala gana–, yo asumiré la responsabilidad. El verdadero culpable soy yo.

–No tendrías ninguna posibilidad, Joe. Una riña entre dos hombres por una deuda de juego no despierta ninguna simpatía. El cheque no tiene que figurar para nada. Vamos, dame un fósforo.

Bettina aplicó la llama al borde del cheque, lo llevó al

en defensa propia. No resultará difícil obtener un veredicto favorable: una mujer defendiéndose contra un hombre, protegiendo su honra. Suena a melodrama, pero

dará resultado. No sé lo que pasará en el futuro, pero estamos en 1910 y las mujeres están colocadas aún sobre un pedestal. Puedo mostrar las magulladuras de mi rostro, las que me hiciste tú. Ningún tribunal de este país se atreverá a condenarme. ¿No crees que es la mejor solución, Joe? Me encerrarán unas cuantas semanas hasta que se celebre el juicio, y luego todo habrá terminado. Seremos libres el resto de nuestras vidas, sin tener que huir, sin tener que ocultarnos.

–Si crees que es la mejor solución –dijo finalmente Joe, de mala gana–, yo asumiré la responsabilidad. El verdadero culpable soy yo.

–No tendrías ninguna posibilidad, Joe. Una riña entre dos hombres por una deuda de juego no despierta ninguna simpatía. El cheque no tiene que figurar para nada. Vamos, dame un fósforo.

Bettina aplicó la llama al borde del cheque, lo llevó al cuarto de baño y tiró de la cadena del W. C.

Cuando regresó dijo, en tono satisfecho, sin sombra de temor:

–Ya está. Todo lo que diga, a partir de este momento, será la pura verdad. Tal como te lo he contado a ti, Joe, se lo contaré a la policía, al jurado y al juez.

Resonó una imperiosa llamada en la puerta.

–Ya están aquí –susurró Bettina.

–¡Abran a la policía! –dijo una voz áspera.

Bettina se volvió, miró a Joe y sonrió. Una sonrisa clara, optimista. Cogidos de la mano, se encaminaron hacia la puerta.

–Gracias Betts –murmuró Joe en el último momento–. Nunca pensé que tuvieras tanto valor. Siempre tan tranquila, tan suave...

–Cualquier esposa lo tiene, cuando es necesario –dijo Bettina, con una maravillosa sonrisa–. *Cualquier* esposa. Incluso la esposa de un jugador de póquer.

La esposa del jugador de póquer

(1962)

William Irish

el fin